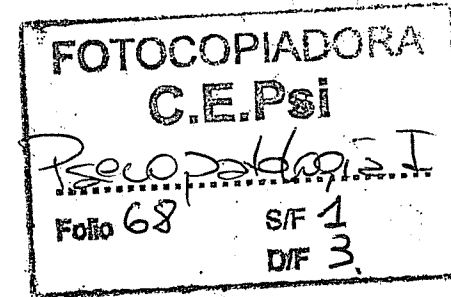


práctica al proceso penal. Si no queremos renunciar a esta última, se nos ofrece el siguiente expediente: Debería permitírseles, y aun convertirse en un deber para ustedes, emprender tales indagaciones durante una serie de años en todos los casos *reales* de inculpación penal, *sin que los resultados de ellas puedan ejercer influjo alguno sobre la instancia juzgadora*. Y lo mejor sería que esta última ni siquiera tuviese conocimiento de la conclusión a que ustedes arribaran, tras su indagación, sobre la culpabilidad del acusado. Compiladas a lo largo de los años y sometidas a elaboración comparativa las experiencias así obtenidas, por fuerza se solucionarían todas las dudas sobre la viabilidad de este procedimiento de indagación psicológica. Sé muy bien que la realización de esta propuesta no depende sólo de ustedes ni de su estimado maestro.

Acciones obsesivas y prácticas religiosas (1907)



trabajo fue leído por Freud ante la Sociedad el día 2 de marzo, pero se trata de un error. (Cf. Sociedad Psicoanalítica de Viena, *Minutes*, 1.)

Es esta la primera incursión de Freud en la psicología de la religión, y, como apunta en su «Breve informe sobre el psicoanálisis» (1924f), *AE*, 19, págs. 217-8, ella significó dar un paso definido, que lo llevaría, cinco años más tarde, a la profundización del tema en *Tótem y tabú* (1912-13). Aparte de esto, el trabajo reviste gran interés por ser el primer examen de la neurosis obsesiva desde el período de Breuer, unos diez años atrás. Se esboza aquí el mecanismo de los síntomas obsesivos, que habría de esclarecerse mejor en el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909d), cuyo tratamiento, no obstante, Freud no había iniciado aún cuando escribió este artículo.

James Strachey

Por cierto que no soy el primero que reparó en la semejanza entre las llamadas *acciones obsesivas* de los neuróticos y las *prácticas mediante las cuales el creyente da testimonio de su fe*. Me lo certifica el nombre de «ceremonial» que se ha dado a algunas de esas acciones obsesivas. Ahora bien, parece que esa semejanza es algo más que meramente superficial, a tal punto que de una intelección sobre la génesis del ceremonial neurótico sería lícito extraer conclusiones por analogía con respecto a los procesos anímicos de la vida religiosa.

La gente que pone en práctica acciones obsesivas o un ceremonial pertenece, junto a quienes padecen de un pensar, un representar, impulsos, etc., obsesivos, a una particular unidad clínica, para cuya afección es usual la designación de «neurosis obsesiva» {«*Zwangsneurose*»}.¹ Pero no se intente derivar de su nombre la especificidad de este padecer, pues en rigor fenómenos anímicos patológicos de otra clase poseen igual título al llamado «carácter obsesivo». Por el momento, la noticia detallada sobre tales estados debe hacer las veces de una definición; en efecto, hasta hoy no se ha conseguido presentar el criterio distintivo de la neurosis obsesiva, probablemente situado en un nivel profundo, a pesar de que sentimos su presencia en todas sus exteriorizaciones.

El ceremonial neurótico consiste en pequeñas prácticas, agregados, restricciones, ordenamientos, que, para ciertas acciones de la vida cotidiana, se cumplen de una manera idéntica o con variaciones que responden a leyes. Tales actividades nos hacen la impresión de unas meras «formalida-

¹ Cf. Löwenfeld, 1904. [Según el citado autor (*ibid.*, pág. 8), el término «*Zwangsvorstellung*» («representación obsesiva» o simplemente «obsesión») fue introducido por Krafft-Ebing en 1867. El mismo Löwenfeld opina (*ibid.*, págs. 296 y 487) que el concepto y la expresión «neurosis obsesiva» fueron creados por Freud; este empleó por primera vez dicha expresión en una obra impresa en su primer trabajo sobre la neurosis de angustia (1895b), *AE*, 3, págs. 97-8, si bien ya la había utilizado en una carta a Fliess del 7 de febrero de 1894 (Freud, 1950a, Carta 16).]

a. Una muchacha observada por mí estaba bajo la compulsión de vaciar y llenar varias veces la jofaina después de lavarse. El significado de esta acción ceremonial residía en la frase proverbial: «No arrojes el agua sucia antes de tener agua limpia». La acción estaba destinada a amonestar a su amada hermana y disuadirla de divorciarse de su desagradable marido hasta no haber anudado vínculos con un hombre que le fuera más grato.

b. Una señora que vivía separada de su marido obedecía al comer a la compulsión de dejar lo mejor; de un trozo de carne asada, por ejemplo, gozar sólo los bordes. Esta renuncia se explicó por la fecha de su génesis. Fue al día siguiente de aquel en que puso término al comercio conyugal con su esposo, vale decir, en que renunció a lo mejor.

c. Esta misma paciente podía sentarse, en verdad, en un único sillón, y sólo dificultosamente levantarse de él. Por referencia a determinado detalle de su vida conyugal, el sillón simbolizaba para ella al marido a quien guardaba fidelidad. Para explicar su compulsión halló la frase: «Es tan difícil separarse de algo (marido, sillón) sobre lo cual uno se ha sentado...».

d. En un tiempo solía repetir una acción obsesiva particularmente llamativa, y carente de sentido. Se precipitaba desde su dormitorio a otra habitación en mitad de la cual había una mesa, disponía de una cierta manera el mantel; luego llamaba a la mucama, quien no podía menos que situarse ante la mesa, y volvía a despacharla con algún encargo indiferente. En los empeños por esclarecer esta compulsión, se le ocurrió que el mantel en cuestión tenía una mancha, y ella disponía las cosas todas las veces de manera que la mucama tuviera que verla. El todo era entonces una reproducción de una vivencia de su matrimonio, que luego dio a su pensamiento un problema por resolver. La noche de bodas su marido se vio aquejado por una desgracia no inhabitual. Se halló impotente y «varias veces durante la noche corrió desde su dormitorio al de ella» para repetir el intento y ver si aún podía conseguirlo. Por la mañana manifestó que pasaría vergüenza ante la mucama del hotel que hiciera las camas, y por eso tomó un frasco de tinta roja y vertió su contenido sobre la sábana, pero tan torpemente que la mancha roja se produjo en un lugar hartamente inapropiado para su propósito. Ella, pues, escenificaba la noche de bodas con aquella acción obsesiva. «Mesa y cama», juntas, constituyen el matrimonio.⁴

⁴ [En alemán, «Tisch und Bett» se emplea con ese sentido. En inglés existe análogamente la frase «bed and board» {«cama y comi-

e. También fue susceptible de esclarecimiento histórico su compulsión de anotar el número de cada billete de banco antes de entregarlo. En la época en que todavía abrigaba el propósito de abandonar a su marido si hallaba otro, más digno de confianza, admitió ser cortejada, en un lugar veraniego, por un caballero sobre cuyas serias intenciones empero dudaba. Necesitó un día dinero sencillo, y le rogó que le cambiara una pieza de cinco coronas. Lo hizo él, se guardó la pieza mayor y manifestó, galante, que nunca se separaría de esta pues le había venido de su mano. Y bien; en posteriores encuentros ella estuvo tentada de exhortarlo a que le enseñara la pieza de cinco coronas, como si fuera para convencerse de que su cortejo merecía crédito. Pero omitió hacerlo por la buena razón de que no es posible diferenciar entre sí cuños de igual valor. Así, la duda quedó irresuelta, y le dejó como secuela la compulsión de anotar los números de los billetes de banco, que los diferencian individualmente de todos los otros del mismo valor.⁵

Estos pocos ejemplos, escogidos de mi cuantiosa experiencia, sólo están destinados a ilustrar la tesis de que en las acciones obsesivas todo posee sentido y es interpretable. Lo mismo vale para el ceremonial en sentido estricto, sólo que la prueba requeriría en este caso una comunicación más circunstanciada. En modo alguno se me escapa cuán distantes nos hallamos, con estos esclarecimientos de acciones obsesivas, del círculo de ideas de la religión.

Es uno de los requisitos de la condición de enfermo que la persona que obedece a la compulsión la practique sin conocer su significado —al menos su principal significado—. Sólo por el empeño de la terapia psicoanalítica se le hacen concientes el sentido de la acción obsesiva y, con este, los motivos que la pulsionan a ella. Enunciamos esta sustantiva relación de las cosas diciendo que la acción obsesiva sirve a la expresión de motivos y representaciones inconcientes. Ahora bien, en esto parece residir una nueva diferencia respecto de la práctica religiosa. Sin embargo, téngase en cuenta que por lo común también el individuo piadoso practica el ceremonial de la religión sin inquirir por su significado, aunque el sacerdote y el investigador puedan estar familiarizados con el sentido del rito, las más de las veces

da», proveniente de un término del bajo latín que designaba el matrimonio. Cf. Freud (1913d), AE, 12, pág. 298, n. 4.]

⁵ [Freud volvió a ocuparse con gran extensión de este caso (la acción obsesiva descrita en el punto d) en la 17ª de sus Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17).]

De estas constelaciones, acaso reencontraríamos lo siguiente en el ámbito de la vida religiosa: también la formación de la religión parece tener por base la sofocación de ciertas mociones pulsionales, la *renuncia* a ellas; no obstante, no se trata, como en la neurosis, de componentes exclusivamente sexuales, sino de pulsiones egoístas, perjudiciales para la sociedad, a las que por otra parte no les falta, las más de las veces, un aporte sexual. Y en cuanto a la conciencia de culpa como derivación de una tentación inextinguible, y a la angustia de expectativa como angustia ante castigos divinos, se nos han vuelto notorias en el campo religioso antes que en el de la neurosis. Quizás a causa de los componentes sexuales entreverados, quizás a consecuencia de unas propiedades universales de las pulsiones, la sofocación de estas resulta insuficiente y no concluyente. Y hasta en las personas pías son más frecuentes que en el neurótico unas recaídas plenas en el pecado, y fundamentan una nueva modalidad de quehacer religioso, las acciones expiatorias, cuyo correspondiente hallamos en la neurosis obsesiva.

Como vimos, un carácter peculiar y desvalorizador de la neurosis obsesiva es que el ceremonial se ligaba a pequeñas acciones de la vida cotidiana y se exteriorizaba en necios preceptos y limitaciones de aquellas. Sólo se comprende este llamativo rasgo en la configuración del cuadro patológico cuando se averigua que el mecanismo del *desplazamiento* psíquico, descubierto por mí por primera vez en la formación del sueño,⁹ gobierna los procesos anímicos de la neurosis obsesiva. Ya en los pocos ejemplos que he dado de acciones obsesivas es trasparente cómo, por medio de un desplazamiento desde lo genuino, sustantivo, hacia algo pequeño que lo sustituye,¹⁰ por ejemplo desde el marido al sillón, se establecen el simbolismo y el detalle de la ejecución. Esta inclinación al desplazamiento es lo que hace variar de continuo el cuadro de los fenómenos patológicos y por último lleva a convertir lo que en apariencia es ínfimo en lo más importante y urgente. No se puede desconocer que en el ámbito religioso hay una parecida tendencia al desplazamiento del valor psíquico, y por cierto en el mismo sentido, de suerte que poco a poco las minucias del ceremonial se convierten en lo esencial de la práctica religiosa, en

⁹ Cf. *La interpretación de los sueños* (1900a), capítulo VI, sección B [AE, 4, págs. 311 y sigs.]

¹⁰ [Mecanismo ya descrito por Freud en su libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 77. Volvió con frecuencia a este tema; p. ej., en el análisis del «Hombre de las Ratas» (1909d), AE, 10, pág. 188, y en «La represión» (1915d), AE, 14, pág. 152.]

detrimento de su contenido de ideas. Por eso las religiones están expuestas a reformas restauradoras, que se empeñan en restablecer la originaria proporción entre los valores.

El carácter de compromisos que presentan las acciones obsesivas en su calidad de síntomas neuróticos será el que menos nítidamente se discierna en el obrar religioso correspondiente. Y, sin embargo, también nos veremos remitidos a este rasgo de la neurosis si recordamos cuán a menudo todas las acciones que la religión prohíbe —exteriorizaciones de las pulsiones sofocadas por la religión— se llevan a cabo en nombre de ella y en su pretendido beneficio.

De acuerdo con estas concordancias y analogías, uno podría atreverse a concebir la neurosis obsesiva como un correspondiente patológico de la formación de la religión, calificando a la neurosis como una religiosidad individual, y a la religión, como una neurosis obsesiva universal. La concordancia más esencial residiría en la renuncia, en ambas subyacente, al quehacer de unas pulsiones dadas constitucionalmente; la diferencia más decisiva, en la naturaleza de estas pulsiones, que en la neurosis son exclusivamente sexuales y en la religión son de origen egoísta.

Una progresiva renuncia a pulsiones constitucionales, cuyo quehacer podría deparar un placer primario al yo, parece ser una de las bases del desarrollo de la cultura humana.¹¹ Una parte de esta represión de lo pulsional es operada por las religiones, que inducen al individuo a sacrificar a la divinidad su placer pulsional. «La venganza es potestad mía», dice el Señor. En el desarrollo de las religiones antiguas uno cree discernir que mucho de aquello a que el hombre había renunciado como «impiedad» fue cedido a Dios y aun se lo permitía en nombre de El, de suerte que la cesión a la divinidad fue el camino por el cual el ser humano se liberó del imperio de pulsiones malignas, perjudiciales para la sociedad. Por eso en modo alguno se debe al azar que a los antiguos dioses se les atribuyeran todas las cualidades humanas —con los desaguizados que de ellas se siguen— en una medida ilimitada, ni es una contradicción que a pesar de ello no estuviera permitido justificar la propia impiedad por el ejemplo divino.

¹¹ [Esta idea fue ampliada en «La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna» (1908d), *infra*, págs. 167 y sigs.]